

## Cultura a la contra

## Milenio

**L**A otra noche, presa del habitual insomnio ciudadano, con miedo a salir a la calle por si las bombas de los fachas me cogen en algún bar decente y sin un duro en el bolsillo —estado este mucho más condicionante para no salir que el miedo a las bombas, a las que ya empezamos a acostumbrarnos en Madrid—, puse la radio. Escuché entonces a un joven —unos veinte años le calculé por la voz— que nos avisaba de algo que todos los profetas que se precien han anunciado: el fin de los tiempos. Organizaba el joven también un camping para prepararse a tan terrible acontecimiento. Bueno, pensé yo: una locura más para el verano, un disparate de esos que pueden desembocar en terribles chascos o en buenos dineros para quien sepa manejar la broma como negocio.

Pues, por lo visto, es más que eso. Todo el mundo se preocupa ahora del milenio, del "diluvio que viene", de la Era de Acuario y demás zarandajas, disfrazadas a veces de ecología o de falsa tecnología de ciencia-ficción antigua. Todo el mundo, o casi todo el mundo, se ha contagiado de esta locura de terror, de ese miedo abyecto a la muerte de todo. Unos, por la crisis de la energía, en la que ven el final de la cultura en que vivimos. Otros, temerosos de que las centrales nucleares les estallen en las narices cualquier día; algunos más, por creencias religiosas o místicas —la Era de Acuario—; y muchos otros, contagiados por el miedo general, basándose en interpretaciones históricas o pseudohistóricas de la realidad actual.

Incluso con el asunto del "Skylab", se ha vuelto a resucitar el miedo de los galos a que el cielo se les cayera encima. Se han hecho incluso conjuros colectivos en los conventículos de las brujas "jipis", para evitar tan terrible desgracia; y algunos listillos han inventado paraguas antiaerolito. Se denuncian también, para el mítico año dos mil, terremotos de distinta índole, apariciones de signos en el cielo, emersión de Atlántidas y sumersión de otras zonas pobladas de la Tierra. Y guerras nucleares, y bombas de neutrones, y hambres generalizadas, y contaminaciones de las aguas y de los aires. El último programa de "Erase una vez el hombre" nos mostraba un cuadro fantacientífico del año dos mil y pico: la Humanidad huyendo en cohetes hacia otros planetas mientras el suyo estallaba.

Hasta los argentinos —que deberían ocuparse de cosas más urgentes, como derrocar a Videla— se preocupan por estos asuntos: el Grupo Cero —ellos cantan, bailan, psicoanalizan y escriben poemas, todo ello a precios módicos— llaman a su revista "Apocalipsis Cero". Hay una cierta inquietud, un miedo a lo que pasará. Un miedo que, creo yo, debe enmascarar el miedo más difícil de soportar a lo que realmente está pasando ya, y a lo que ha pasado. Es como el miedo al infierno o la búsqueda del paraíso: ponemos nuestros temores y nuestras esperanzas tan lejos, que no vemos aquello que pueda ser verdadera e inmediata causa de terror: el increíble aumento del coste de la vida, o la disminución radical de la libertad, por ejemplo, en el mundo entero.

Desde luego, detrás de toda esta campaña de terror debe haber alguien, ese alguien que no tiene un rostro definido, sino muchos rostros y muchas cuentas en Bancos; alguien que se ve amenazado en sus intereses inmediatísimos y que trata de desviar de él nuestra atención, ocultándose tras las catástrofes como tras cortinas de humo. Yo he decidido, personalmente, no preocuparme más por los milenios. Hay cosas que llaman mucho más mi atención.

Y, mientras tanto, follemos, que el mundo se acaba. ■ EDUARDO HARO IBARS.

pero también es cierto que ambas son vistas comúnmente más bien como factores de alienación y de muerte. El nihilismo, el absurdo e incluso la ironía que caracterizan al arte del siglo tienen mucho que ver con ese terror a la Bomba y a la Máquina.

¿Puede prolongarse esta situación por mucho más tiempo? Para Davenport, es preciso en beneficio de todos, acabar con el mutuo desconocimiento entre las dos categorías: la de científicos puros y la de humanistas igualmente puros.

Tal vez, nos dice el autor, un buen principio de solución, por lo que se refiere a los técnicos, esté en los nuevos programas para las escuelas de ingeniería británicas, en las que ya no se enseñan al alumno unos saberes meramente instrumentales, sino que se le explica, entre otras cosas, el porqué del cambio social en que está inmerso, el papel que en el mismo desempeña la tecnología, cuál es la función del ingeniero en la sociedad y otros conocimientos que le permitirán adquirir perspectiva suficiente para contemplar el propio trabajo como parte de un todo superior.

De igual manera, y de modo inverso, habrá que despertar el interés del estudiante de Humanidades por el mundo de la técnica; habrá que enseñarle a ver en ésta no sólo una amenaza, sino, en muchos casos, un bien insustituible. Siempre y cuando, claro está, quienes trabajan con ella desarrollen un sentido de compromiso, de responsabilidad y sobre todo de solidaridad con el hombre.

Tal es el sentido general de la respuesta, ciertamente optimista, que da Davenport al problema planteado, hace ya veinte años, por C. P. Snow. Y es una lástima que el autor ignore toda la abundante literatura marxista dedicada al tema. Tal como está, el libro queda evidentemente cojo. Esperemos que algún próximo volumen de esta nueva y oportuna colección titulada "Tecnología y sociedad" venga a colmar esa y otras lagunas. ■ JOAQUÍN RABAGO.

## "La comunión de los atletas"

La homosexualidad es un tema de difícil tratamiento; hasta hace poco, en España se ha ve-



Vicente Molina-Fox.

nido considerando como algo inexistente, o bien reprochable, y conste que me refiero a la pacata y viriloides España de posguerra, ésa que no debemos olvidar nunca. Vicente Molina-Fox, novelista, joven, y con esa pizca de snobismo tierno que hace a los verdaderos talentos, ha abordado el tema con maestría en su novela *La comunión de los atletas* (1). Novela que va mucho más allá del puro tema homosexual, y que indaga —en un difícil procedimiento narrativo, que a veces nos recuerda al Cocteau de *Les enfants terribles*, pero a un Cocteau descarnado, duro y verdaderamente terrible— en las fuentes de la infancia, en los gimnasios de colegio, en el aroma inconfundible y preciso del sudor de adolescente. Dos personajes ya mayores recuerdan su tiempo perdido, lo buscan con verdadera desesperación, embarcándose para ello en una mascarada sexual, repitiendo ritualmente los gestos eróticos que habían soñado en su infancia. Hasta que el sueño se vuelve demasiado físico para ellos, y entran —al encontrar, por fin, el tiempo perdido— en un universo visceral, excremental. Es el cuerpo el que por fin triunfa, el cuerpo del que hay que huir, porque siempre son preferibles los horizontes malva del sueño.

El ambiente de esta novela es por completo onírico; no tiene nada del surrealismo elegante de un Pleyre de Mandiargues, aunque en algún momento puede recordar el desgarramiento corporal de un Batlle, sin llegar a su crudeza fría y distante. Y es que, segu-

(1) Alfaguara. Madrid.



ramente, Molina-Foix no tiene el espíritu de "voyeur" sifilítico del teórico francés del erotismo. Molina-Foix, con ese sí-es-no-es de londinense que le caracteriza, se interesa fundamentalmente por las relaciones del cuerpo y del sueño, que es parte del cuerpo: ordena el caos corporal —de vísceras, excrementos, orina, sudor y piel— en el orden del sueño narrado, y conste que digo narrado, porque el sueño es también parte del desorden, parte del cuerpo que se inventa con torpeza, y que hay que codificar en un lenguaje convencional para hacerlo coherente, para darle entrada en el mundo lógico —en apariencia— en que nos movemos, donde las palabras tienen su sentido.

Aunque el libro de Vicente Molina no tenga mucho de surrealista, sí hay ese mismo impulso de domar demonios, de plasmarlos en un panorama coherente. Es hábil maestro en la descripción de lo gris, de las pequeñas ciudades portuarias, del difícil ligue de una noche tan sólo. Y todo esto lo transmuta en insólito, insólito de personajes y de situaciones, creando un universo donde la decadencia y la pérdida de la juventud no son precisamente valores negativos, sino fermentos orgánicos para una nueva afirmación del ser en su entorno y en su tristeza infinita.

No me es posible —siempre he rechazado, cuando la cosa no ha sido demasiado evidente o escandalosa en cualquier sentido, bueno o malo— juzgar de la calidad literaria de este libro; no es mi intención meterme en complicados e inútiles estudios de estilo y forma. La novela de Molina viene, en cualquier caso, a cumplir un papel importante en nuestra literatura: contar sin dramas, pero sí con un sentido absolutamente trágico de la narración, lo que Caillois llamaba "las potencias del sueño", que vienen a ser la verdad de la vida diurna. ■ E. H. I.

### Miguel Hernández: entre la pasión y la Historia

Por la calidad de su obra, por el calor de su humanidad y por las circunstancias de su muerte, es evidente que las dos víctimas

por antonomasia de nuestra guerra civil fueron García Lorca y Miguel Hernández. Lo cual no es decir que su muerte empujara o difumina las restantes, sino, por el contrario, que tipifica la de cuantos, en la guerra y en la posguerra, pagaron con la vida el hecho de no pensar como sus jueces. Simplemente, Federico y Miguel siguen, gracias a su obra literaria, vivos, próximos y su muerte se repite en nuestra imaginación cada vez que leemos alguna de sus páginas.



Miguel Hernández.

Encarar la biografía de Federico o de Miguel supone, pues, muchas cosas. Primero, encarar la guerra civil —y pensar que aún hay quien exalta aquella barbaridad o sueña con repetirla!—, con todo lo que ello implica. Y, luego, poner a prueba nuestra capacidad para "quedarnos con todo" sin, a la vez, dejarnos arrastrar. Una de las lecciones de la guerra fue que 120 aviones de la Legión Cóndor podían más que todo el entusiasmo miliciano y que la pasión sirvió más para matar y dividir que para otra cosa.

Vienen todas estas consideraciones a cuenta del ardoroso libro que Federico Bravo Morata acaba de dedicar a Miguel Hernández (Ediciones Fenicia, Madrid). Un libro caliente, lleno de amor al poeta, importante, pero al que a veces traiciona el apasionamiento. Más aún: yo diría que, contra la voluntad del autor, lo dulcifica. Porque si la "to-

ma de partido" de fondo es, ante un tema como éste, inexcusable, el manifestarla con tanta vehemencia —calificando a las personas en lugar de limitarse a contar sus actos o dejando que la indignación interpole consideraciones sarcásticas— más bien permite al lector pensar que el historiador ha cargado la mano y que la acusación nace antes de la solidaridad ideológica entre el biógrafo y el biografiado que de la misma Historia.

La interpretación que Bravo Morata hace de la acción de Casado, en las postrimerías de la guerra, es un ejemplo. Porque una cosa es estar contra ella —como lo estuvo el Partido Comunista y, por lo tanto, Miguel Hernández— y otra creer que por entonces aún era posible la victoria republicana. La misma figura de Besteiro resulta en el libro contradictoria. Y la muerte del "cuñado de Lorca" se refiere en términos que, si hemos de creer a Gibson, son notoriamente inexactos.

Justamente una característica de la historia escrita por la derecha ha sido sumergir los hechos en la calificación ideológica. A esa manera de contar la historia hay que oponer otra, no ya por estar escrita en función de otros intereses, sino por traducir esta opción a otra metodología, por explicar las relaciones causales, las motivaciones profundas y los fines de los actos sociales, sin centrar la explicación en las pasiones y los odios. ¿Acaso el propio Hernández no hablaba de "Viento del pueblo"?

El libro de Bravo Morata es, en este sentido, dual. Porque dentro, en su esqueleto, está el intento de llegar al fondo, de se-

guir los pasos del cabrero Miguel, juego poeta, primero católico y luego comunista, comisario de El Campesino, condenado a muerte por los Tribunales y ejecutado por la tuberculosis en una cárcel, en un período de vida española. Pero luego, por fuera, está la irritación, la ideología hecha grito y puñetazo. Lo cual arroja, en definitiva, un libro entrañable y, a la vez, en tanto que investigación histórica, arduamente subjetivo. ■ JOSE MONLEON.

## CINE

### "El visitante (del más allá)"

Son tantas las películas en las que las poderosas fuerzas del mal se apoderan de los cuerpecitos rechonchos y blandos de jovencitas adolescentes, que hasta Dios ha tenido que intervenir. Y es que han sido muchas las historias de estas jóvenes extrañas: "El exorcista", "La profecía", "La maldición de Damien", "Carrie", y una retahíla menor que ha vuelto a poner de moda el viejo conflicto del Bien y del Mal, a veces con ingenio ("Carrie"), pero la mayoría de las veces con el simplismo de historietas banales, idénticas unas a otras.

De modo que Michael Paradise, director de "El visitante (del más allá)", ha resuelto el problema poniendo en marcha a Dios en sus tres personas conocidas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. El



John Huston, en "El visitante (del más allá)".